

que con discursos y escritos luminosos contribuyeron a la propagación de la fe, y de ello son buena prueba los concilios que a principios y fines del siglo IV se celebraron en Ilíberis y en Zaragoza. Y si en España no hubo en aquel tiempo plumas tan fecundas y elocuentes como las de los Gregorios, de los Ambrosios, de los Ciprianos, de los Jerónimos y de los Agustines, nadie ha desconocido ni la instrucción científica, ni la fogosa elocuencia del venerable Osio de Córdoba, el presidente de los concilios; y su carta a Constancio sobre la separación de los poderes eclesiástico y civil, sobre ser una bella producción literaria, es una obra maestra como testimonio de magnanimidad episcopal. Aquilino Juvenco puso en versos hexámetros la vida de Jesucristo: San Gregorio de Ilíberis compuso un libro titulado *De la Fe* contra los arrianos; Prudencio, de Zaragoza, fué el mejor y mas elocuente de todos los poetas sagrados de la antigüedad; y se señalaban ya como hombres de letras los obispos Itacio é Idacio, autor este último de la crónica, así como el sacerdote de Tarragona, Orosio, autor de la otra historia. El mismo Prisciliano, el propagador de la herejía, era hombre que escribía con facilidad y con fuego; y las mismas controversias que suscitaba la

herejía ejercitaban, como hemos indicado en otra parte, el pensamiento, y tenían despiertas las inteligencias, y en actividad continua los espíritus (1).

Tal era el estado político, administrativo, social é intelectual que España había alcanzado en el periodo del imperio romano desde Augusto hasta Honorio.

España con la conquista romana perdió su independencia, pero adquirió la unidad política que no tenía. Incorporada al imperio como una sola provincia, entra a participar de la civilización del antiguo mundo, de la vida universal de la humanidad; pero participa también de la imperfección del elemento constitutivo de las antiguas sociedades, la religión y la filosofía pagana. Cuando otro principio civilizador, unido por una disposición providencial con el elemento bárbaro, representante de la fuerza, disuelve la antigua sociedad humana para refundirla, España se prepara a entrar en un nuevo periodo de su vida, que será ya una vida mas propia, mas individual, como pueblo que empieza a emanciparse despues de una larga tutela. Va a recibir una gran modificación en su existencia. Veamos cómo se fué realizando esta transformación social.

LIBRO CUARTO

DOMINACION GODA (2)

CAPITULO PRIMERO

Desde Ataulfo hasta Eurico

DE 414 A 466

Procedencia de las tribus bárbaras que se apoderaron de nuestro suelo. —De los alanos.—De los vándalos.—De los suevos.—De los godos.—Primeros reyes godos que vinieron a España.—Ataulfo.—Sigerico.—Walia.—Combate Walia a los vándalos y alanos, y los vence.—Cédele Honorio la Segunda Aquitania, y fija su corte en Tolosa.—Teodoro.—Guerras entre los vándalos y los suevos de Galicia.—Correrías destructoras de los vándalos.—Trasmigran a Africa y fundan allí un reino.—Conquistas de los suevos en Galicia.—Rechiaro, primer rey suevo cristiano.—Guerras de los godos con los romanos en la Galia.—Sitios de Arlés y Narbona.—Triunfo de Teodoro.—Paz con Aecio.—Famosa irrupción de los hunos.—Atila.—Célebre batalla de los campos Cataláunicos.—Atila es vencido.—Muere Teodoro en la batalla.—Proclamación de Torismundo.—Breve reinado de este godo.—Sucédele Teodorico.—Derrota a los suevos de Galicia.—Saqueo de Braga y de Astorga.—Confusion y desorden en el imperio romano.—Extension que adquiere el reino gótico en las Galias.—Muerte de Teodorico.

Cuando se derriba y desmorona un viejo edificio para reconstruirle sobre nuevos cimientos y darle nueva planta y forma, sin dejar de aprovechar los materiales útiles del que se destruye, mézclanse en el principio y se revuelven los antiguos y los nuevos elementos, hasta que la mano hábil del artífice va dando a cada uno la conveniente colocación y asentándolos en el lugar que a cada cual corresponde; segun el plan que lleva ideado en su mente. Así al irse desmoronando el antiguo imperio romano, mézclanse y se revuelven confundidos sus fragmentos con los nuevos materiales que han de entrar en la reconstrucción del edificio social. Los hemos visto, y aun los veremos mas, unirse, separarse, descomponerse, luchar entre sí, sin que se sepa todavía, aunque algo se deje traslucir, cuál sea el elemento que ha de dominar sobre los otros; hasta que esa ley secreta y providencial que rige las sociedades y las lleva al través de las revueltas y de las convulsiones al fin a que están destinadas por el que gobierna el universo, vaya dando a cada cual la conveniente colocación con arreglo al plan que ha sido trazado por el grande artífice.

Multitud de tribus bárbaras han invadido el imperio y se han desparramado por sus regiones, y aun no ha acabado el Septentrion de brotar hordas salvajes. Algunas de ellas han franqueado la barrera de los Pirineos y lanzádose sobre Es-

paña. Se han repartido entre sí sus provincias. España ni es ya romana, ni ha dejado todavía de serlo: ni es vándala, ni alana, ni sueva, ni goda. Cada uno de estos pueblos ocupa una parte de la Peninsula. Pero ¿cuáles son sus respectivos límites? Ni los puede fijar el historiador, ni lo saben ellos mismos. Su indole es la movilidad; conquistan, saquean, y emigran a otra parte; su patria es el territorio que poseen. Pelean entre sí y con los antiguos poseedores, hacen alianzas y las deshacen, se ayudan y se hostilizan segun se lo aconseja el interés del momento. Es un estado de fermentación social. Y la misma confusion que agita al mundo en lo material y físico, reina en los principios políticos y religiosos. Las naciones marchan lentamente hácia su fin al través de este caos; esta confusion ha de traer un orden nuevo al mundo, y de aquí ha de nacer para España una monarquía propia que hasta ahora no ha tenido. Para apreciar debidamente la revolución que va a obrarse, menester es que digamos algo de la procedencia y carácter de los nuevos invasores.

Ya no se duda que el movimiento de emigración de esas

(1) Puede verse el catálogo de los hombres doctos en España en este tiempo en la *Biblioteca Vetus* de don Nicolás Antonio, y en el tomo VIII de la *Hist. crítica de España*, de Masden.

(2) Comprendemos, como observará el lector, este periodo en la edad antigua. Ni se ha fijado bien ni es fácil determinar con exactitud el principio, el término, la duración precisa de la edad media. Algunos abarcan bajo esta denominación el espacio de cerca de diez siglos que medió entre la destrucción del imperio romano en Occidente hasta la destrucción del mismo en Oriente. Otros hacen comenzar la edad media en la época de la grande irrupción de las naciones germánicas, esto es, en 406. Otros la difieren hasta la ocupación de Roma por Odoacro. La misma variedad en cuanto a su terminación; fijándola unos en el descubrimiento del Nuevo Mundo, otros en la reforma de Lutero, otros en la toma de Constantinopla, etc. Suelen los franceses en sentido estricto contar su edad media desde el reinado de Carlomagno. En España creemos estar en un caso excepcional respecto a las demás naciones de Europa en este punto. Pues aunque aquí como en las demás partes iniciaron los hombres del Norte una edad nueva, su completa desaparición en el principio del siglo VIII nos hace mirar aquel periodo como una época de transición, y la verdadera y rigurosa edad media comprende desde la irrupción de los árabes hasta su completa expulsión, ó sea, si se quiere, hasta el fin del reinado de los Reyes Católicos y principio del de Carlos V. Por eso, y por no poder constituir la dominación de los godos una edad aparte por sí sola, hemos creído deber incorporarla con mas razon a la edad antigua que a la edad media. Permitásenos la frase que vamos a usar. La dominación goda fué para España al mismo tiempo el *apéndice de la edad antigua*, y el *prólogo de la edad media*.

grandes masas de hombres que inundaron el Norte de Europa para desde allí derramarse por Mediodía y Occidente, partió del Asia, cuna y semillero del género humano. Tiempo hacia que estas masas de tribus bárbaras, empujadas por otras que sucesivamente iban emigrando del Asia superior, de la Escitia ó Tartaria, vivían en las heladas regiones de la Escandinavia ó Suecia, de la Dinamarca, de la Rusia y de la Germania, difundidas y como escalonadas desde la extremidad septentrional de Europa hasta las fronteras del imperio romano. La Providencia parecia haberlas colocado allí como queriendo tenerlas dispuestas para la misión que un día había de encomendarlas. La superabundancia de población, unida a la esterilidad de aquellos helados y rigorosos climas, les hacia apetecer y buscar un sol mas claro y un suelo mas fecundo. Tribus nómadas y guerreras, obligaban a los pueblos vecinos a cederles su territorio, y los mas fuertes lanzaban a los otros de las comarcas que ocupaban, ó los forzaban a someterseles; y los mas inmediatos al imperio romano, ya empujados por los pueblos que tenían a su espalda, ya envidiosos de la fertilidad y dulzura del país meridional que delante tenían, se arrojaban a invadir las vecinas provincias del imperio. Las márgenes del Danubio eran como la línea divisoria entre la barbarie y la civilización. Rota una vez esta, comenzó la pelea entre los hombres de la nueva sociedad destinada a reemplazarla, ó por lo menos a refundirla.

Mientras los romanos conservaron un resto de su antiguo valor, mientras se pudo mantener en sus ejércitos la disciplina, y mientras estuvieron al frente del imperio hombres como Marco Aurelio, Constantino y Teodosio, los bárbaros, aunque repitieron las incursiones, aunque su vigor, su ferocidad y su paciencia les hacia a propósito para la guerra y los combates, no pudieron todavía fijarse definitivamente en las provincias romanas. Lo que hicieron los godos, primeros invasores y como vanguardia de los pueblos bárbaros, fué ir debilitando en lo material un imperio que la corrupción interior iba también moralmente corroyendo, al propio tiempo que ellos se dejaban ganar insensiblemente a la civilización, hasta el punto que había de convenir para la misión que estaban llamados a desempeñar. Mas cuando el imperio dejó de estar sostenido por manos vigorosas y robustas, cuando la molición y relación le tenían enervado, entonces, a fines del IV y principios del V siglo de la era cristiana, de todas las regiones del Norte casi simultáneamente, y como movidos por un misterioso impulso y por un agente secreto, cayeron sobre el antiguo mundo romano con impetuosidad irresistible aquellos enjambres numerosos de alanos, de suevos, de marcomanos, de hérulos, de hunos, de godos, de gépidos, de borgoñones, de vándalos, de alemanes, y de otra multitud de razas indo-escitas y germanas; que fué uno de los mas grandes acaecimientos, acaso el mayor y mas portentoso que se cuenta en los anales de la humanidad. De aquellos pueblos, mientras los godos al mando de Alarico saqueaban la capital del antiguo mundo, venían a España, despues de haber devastado las Galias, los suevos, los vándalos y los alanos.

Los alanos, pueblo de raza escítica, habían habitado al principio entre el Ponto Euxino y el mar Caspio. Luego extendieron sus conquistas desde el Volga hasta el Tanais, y penetraron por un lado hasta la Siberia y por otro hasta Persia y la India. Invadido su país por los hunos, procedentes de las fronteras de la China, una parte de ellos se refugió a las montañas del Cáucaso, donde conservó su independencia y su nombre: otra parte avanzó hasta el Báltico, donde se asoció a las tribus septentrionales de Alemania, con los suevos, los vándalos y los borgoñones, contra los godos. Tan agrestes y feroces como amantes de la libertad, la guerra, el pillaje y la destrucción eran sus placeres. Todo el objeto de su culto un sable clavado en la tierra; su fuerza militar, como la de todos los pueblos bárbaros, consistía en la caballería, y adornaban los caparzones de sus caballos con los cráneos de sus enemigos. Entre las hordas bárbaras que inundaron el mundo civilizado, los alanos se mostraron de los mas sanguinarios y crueles. Tal era la tribu que se había apoderado de la Lusitania.

Los vándalos, que se cree pertenecían a las razas puramen-

te germánicas, habían habitado todo lo largo de la costa septentrional desde la embocadura del Vistula hasta el Elba. Habían hecho ya algunas invasiones en el imperio, y también habían peleado contra los godos. En la última irrupción venían de la Pannonia. Su amor a la independencia era igual al de los demás salvajes. Depredadores por inclinación, la memoria de sus devastaciones quedó en las tradiciones humanas como la de los grandes cataclismos, y el nombre de vándalos ha sido proverbialmente aplicado a todos los destructores de monumentos y de bellas artes. Tocóle a esta raza llevar su planta destructora a la Bética.

Habían habitado los suevos cien cantones del interior de la Germania desde el Oder hasta el Danubio. Cada canton contribuía anualmente con mil guerreros para defender los intereses de todas las tribus. Eran los mas bravos y temidos de los germanos. Su placer era exterminar, aniquilar poblaciones y formar en torno de sí grandes desiertos. Retazos de pieles groseramente curtidas cubrían algunas partes de su cuerpo, y sustentábanse de la caza, y de la carne y leche de los ganados. Toda su religión consistía en sacrificar cada año un hombre en medio de bárbaras ceremonias en un bosque que llamaban sagrado. Distinguíanse por su larga cabellera, que anudaban sobre la cabeza y recogían en una bolsa para entrar en batalla. Fueron de los que acompañaron a los vándalos y alanos en la invasión de las Galias y de España. Instalaronse estos en Galicia.

Los godos, a quienes mas nos importa conocer, eran, como los alanos, originarios de Asia, comprendidos bajo el nombre genérico de scytas ó getas. En sus trasmigraciones habían pasado a la Escandinavia, que Jornandes supuso equivocadamente haber sido el país natal de los godos. Sin que se haya podido fijar todavía la época cierta de cada emigración antigua de las tribus góticas, hallábanse ya en los primeros siglos de la era cristiana dos pueblos de godos, el uno en las costas del Báltico, el otro entre el Tanais y el Danubio, en los confines de Asia y Europa. Raza asiática en las costumbres, como los alanos y los hunos, germánica en la lengua como los suevos, los francos y los sajones, dividíase la nación en dos grandes tribus, y denomináronse por la diferente posición que ocupaban, los unos *ostrogodos* ó godos orientales, los otros *visigodos* ó godos occidentales (*Ost-Goths* y *West-Goths*), separados por el Dnieper (*Borysthenes*).

Detuviéronse en sus incesantes correrías los que llegaron a las márgenes del Danubio, así por los abundantes pastos que allí encontraron para sus ganados, como por no serles ya fácil llevar sus excursiones a países en que dominaban las poderosas armas romanas. Allí hicieron alto largo tiempo, formando como la avanzada del grande ejército de los bárbaros. Pero engrandecidos ellos, y próximos a la civilización, no tardaron, como en su lugar hemos visto, en chocar con el mundo civilizado. Vencidos siempre al principio, no por eso desmayaban, ni dejaban de repetir sus incursiones. Y al tiempo que los visigodos con sus continuas acometidas iban debilitando el imperio romano, recibían a su vez en sus rudas imaginaciones las impresiones de la civilización. Poco a poco se iban endulzando sus costumbres con el ejemplo de lo que veían; el aspecto de las ciudades en que entraban les inspiraba admiración, respeto, deseo de imitación; las relaciones de los prisioneros mismos les hacían comparar las privaciones de su condición inculca y grosera con las comodidades y los goces de los pueblos cultos; iban penetrando en ellos las artes del mundo griego y romano, y hasta las ideas del cristianismo pasaron el Danubio, y fueron a enseñarles la excelencia y las ventajas de una religión y de unas costumbres tan distintas del culto grosero y de los hábitos feroces que ellos de los bosques traían. Así los visigodos, sin perder aun su primitivo vigor y energía, iban deponiendo un poco los instintos salvajes.

Llegó al fin el caso de verse como apretados, comprimidos y como empujados estos pueblos por otros mas bárbaros y mas feroces que detrás de ellos venían. Eran los hunos, raza la mas salvaje de todas: los hunos de horrible aspecto y de deforme rostro, que saliendo del fondo de la Tartaria y de las orillas del mar Caspio, habían derramado sus innumerables